

que aquella que con rimas impuras y con sonidos peligrosos, nos combida á los placeres?

Acaso me detengo demasiado en refutar objeciones frívolas; pero yo no debo despreciar nada de lo que conduce á destruir las preocupaciones de Valmont, que aunque ligeras de suyo, le impedirán escuchar mi voz sobre objetos mas esenciales. Depon toda tu prevencion, hijo mio, y tu mismo llegarás á probarte voluntariamente la verdad de la religion cristiana.

NOTAS.

PÁG. 92.

[1] *Misterios!* . . . Por todas partes la razon y la naturaleza tienen los suyos. „Las cosas mas comunes que hallamos en el camino, dice Locke, tienen lados oscuros que la vista mas prespicaz no podria penetrar: y la teologia natural en la que los Deistas parece que tanto se resguardan, está exenta de dificultades? ¿Se concibe fácilmente, qual es el paso de la nada al ser? ¿Cómo Dios crió algo por solo su voluntad? ¿Cómo es que siendo espiritual, pudo obrar sobre la materia? ¿Cómo está presente en todas partes sin ocupar un espacio? ¿Cómo puede prevenir la determinacion de un ser libre? Y la idea de la eternidad, ¿en cuantos abismos no está envuelta! Sin embargo, se pasan por alto estas dificultades, y es menester que así sea; porque, luego que se ve claramente que una cosa debe ser, no importa que no se comprenda cómo. La mirada del espíritu, lo mismo que la del cuerpo, tiene una esfera limitada: y así como lo que se halla mas allá de cierta distancia, solo afecta confusamente nuestros ojos, tambien en el orden de las cosas espirituales, es menester no creer que todo está sometido á nuestra penetracion. Mientras que espiritus vanos y ligeros se imaginan que nada excede á sus conocimientos, se oye que los verdaderos filósofos, dentro de los suyos, hacen las confesiones mas modestas. Sobre todo, desde que uno se remonta á los principios primitivos, y quiere tocar á lo infinito, ¿quién hay que no haya experimentado que el espíritu se confunde, y que hay no sé qué obscuridad formidable que nos detiene, como si no fuese permitido á un mortal penetrar en la esencia y origen de las cosas, que es el santuario del Altísimo? Puesto pues,

que la naturaleza está llena de misterios, puesto que todas las ciencias tienen los suyos, ¿nos admiraremos de que la teologia cristiana los tenga? ¿Y en medio de las obscuridades que nos rodean, parecerá extraño, que la revelacion diga alguna cosa de la esencia divina que sobrepasa á nuestras concepciones? Lo admirable sería que todo fuese fácil y accesible sobre un asunto tan misterioso y tan sublime.” (Turretin, de la verdad de la religion cristiana, secc. 4.ª, art. 1.º cap. 7).

PÁG. 94.

[2] En la unidad y simplicidad perfecta de una misma esencia. La simplicidad no excluye la diversidad de relaciones: nuestra alma es simple, y sin embargo tiene relaciones diferentes. La infinidad parece que las excluye demasiado; pero por qué no habria relaciones en lo infinito, que sin limitarse recíprocamente ni alterar la sustancia, fueran susceptibles de distincion entre sí? Bastante se comprende, que estas son cosas ocultas en las profundidades de la naturaleza divina, unidas á nociones mas perfectas, á un conocimiento mas íntimo que el hombre no puede tener en la tierra.

No es inoportuno observar con un célebre defensor de la religion cristiana, con Turretin en el lugar citado, que „Philon, escritor judío, hablando de la razon ó de la palabra, llegó á llamarla el hijo de Dios, su printogénito, su imagen, el soberano Pontífice, y el mediador entre Dios y los hombres. Estas ideas no eran absolutamente extrañas á los paganos, Philon las habia bebido de ellos en parte; y se sabe que Platón, que en esto podia muy bien ser solo el eco de los sabios orientales, distinguia tres principios, á saber: el primer ser ó lo bueno por excelencia, que habia producido la idea ó la razon, y en seguida la accion ó el espíritu; de suerte que estos tres principios no constituan mas que una sola y misma esencia, como Porfirio y los demas platónicos lo explicaron. No alegamos estos ejemplos porque tengan una relacion completa con la teologia cristiana, ni porque le sirvan de fundamento, sino solamente para manifestar que no hay razon en atacar este punto de nuestra fé, como si trastornara todo lo que siempre ha estado decidido en materia de filosofía.”

PÁG. 94.

[3] Me basta que en cuanto á las ideas que encierra, no se pueda demostrar en ellas nada de absurdo. „Es menester no exigir siempre lo que yo llamo nociones adecuadas

y que nada contienen que no sea explicado, puesto que aun las cualidades sensibles, como el calor, la luz, la dulzura, no nos podrian dar tales nociones. Convengamos pues, en que los misterios reciben una explicacion; pero esta explicacion es imperfecta. Basta que tengamos alguna inteligencia analógica de un misterio, tal como la Trinidad y como la Encarnacion, para que recibéndola no pronunciemos palabras enteramente faltas de sentido: pero no es necesario que la explicacion vaya tan lejos como se pudiera desear, es decir, que llegue hasta la comprehension y al como. . . . El como nos excede, y no nos es necesario. Se puede decir de las explicaciones de los misterios que se divulgan por aquí y por acuyá, lo que la reina de Suecia decia en una medalla de la corona que habia dejado: *non me bisogna é non mi basta.* [*] (*Leibnitz, discurso sobre la conformidad &c.*)

PÁG. 96.

[4] *Los mas grandes hombres. . . han trabajado en defender y justificar en este punto su creencia.* El discurso preliminar de la Theodisea de Leibnitz, titulado: *De la conformidad de la fé con la razon*, y que sirve de respuesta á los mas ingeniosos sofismas de Bayle, se dirige casi todo entero hácia este fin, la defensa de la religion y de sus misterios. Leibnitz, este génio tan vasto y tan sublime, en el tiempo de sus mas grandes trabajos y de sus mas atrevidas producciones, compuso en latin un tratado intitulado, *Sacrosancta Trinitas per nova argumenta lógica defensa*, „la Trinidad santa defendida por argumentos lógicos nuevos.” Sin pretender explicar el misterio ni probarlo con razones filosóficas, solamente se trata de manifestar en este escrito, que la sana lógica es favorable bajo este respecto á la fé de los Ortodoxos. Tambien el sábio Tillotson, decia sobre esta materia, que no temia las disputas con los Socinianos, y que convenia voluntariamente en que esta causa se debatiera ante el tribunal de la razon, así como ante el de la Escritura explicada por la tradicion general de la Iglesia cristiana. (*Segundo sermon sobre la divinidad de Jesucristo*).

Empero sin hablar de todas las obras con que muchísimos grandes hombres, de todas las comuniones cristianas, han tomado la defensa de nuestros misterios, permítaseme citar una de ellas, que me ha admirado, todavía ménos por su título, que por la exactitud y la profundidad de espíritu y de conocimientos con que este título está desempeñado. Así se titula este libro: *Presencia corporal del hombre en muchos lugares, probada como posible por los principios de la*

[*] *No necesito de ella, y no me basta.*

buena filosofía, en contestacion al desafio de un periodista holandés. Su autor es el de las *Cartas á un Americano*, tan conocidas por su buen éxito; comienza por establecer en el sentido mas católico y mas rigoroso, todas las condiciones del problema que tiene de resolver. En seguida parte de la hipótesis del cuerpo prototipo, que Nicuwentyt habia propuesto para probar la posibilidad de la resurreccion de los cuerpos, apesar de las objeciones que se forman contra ella: desarrolla, perfecciona esta hipótesis, añade á ella, sobre la identidad personal y las otras partes necesarias á la solucion del problema, principios tomados juntamente de la metafísica mas sencilla y mas verdadera, y de las observaciones mas constantes que la física nos puede suministrar; y deduce de aquí de un modo sensible la verdad de su proposicion. Esto no es, como él mismo lo dice, atreverse á pretender que su resolucion, en cuanto al Ser Supremo, sea la verdadera, ni que ella nos descubra todo el misterio, pero basta manifestar, que si la sola razon puede enseñarnos un medio para el cual este misterio sea posible, con mayor razon el entendimiento divino debe tener en los recursos de su sabiduría y de su fecundidad, una infinidad de otros medios, para efectuar lo que á primera vista nos parece como imposible, por nuestra falta de conocimientos y de luces. Leibnitz, en el discurso preliminar de que he hablado, habia entrevisto la posibilidad de este misterio en el sentido luterano. Y el Abate Lignac lo ha demostrado en el sentido católico mas estricto.

Para sacudir enteramente las preocupaciones que aun halla podido adquirir contra los misterios de la religion, se puede añadir á la lectura de esta obra, la de otro libro igualmente interesante, intitulado: *La fé justificada de todo reproche de contradiccion con la razon*. Estas obras no son propias para adornar un tocador, convengo en ello: por eso no las propongo á todo el mundo, si solamente á quienes dotados de un espíritu verdadero y de un corazon recto, y extraviados mas por prevencion que por pasion, mas por una duda mal fundada que por libertinaje ó preocupacion, no creieran que les costaba mucho exámen y estudio el conocimiento de la verdad.

PÁG. 100.

[5] *Los Descartes.* Sería menester no conocer ni su vida ni sus obras para solo sospechar de su fé. Descartes parece que tuvo acerca de la religion, aquella conviccion de sentimientos que la santidad de sus leyes y la sublimidad de su moral produce en las almas rectas. Esto era la causa de que no se atreviese á sujetarse á razonamientos vanos, como lo

repite en muchos pasajes de su método y en sus otras obras. No siempre se limitaba á respetarla, sino que la profesaba, la quería y enseñaba á los demás á quererla y profesarla como él. Hay sobre todo un testimonio mui brillante de esto en el certificado en que la célebre Cristina, reina de Suecia, confiesa, que despues de Dios, debe á Descartes, así como á su ilustre amigo M^o Chanut, su conversion á la fé católica. Se pueden ver en su *Vida*, escrita por Baillet, otras pruebas mui sorprendentes de su celo por la religion, de su exactitud en cumplir los deberes de esta, de su asiduidad en frecuentar los sacramentos en el seno de la Holanda y de la Suecia, de su fé humilde y sumisa, aún quando filosofaba mas libremente; y muchas veces la filosofia venia entonces en apoyo de la fé, y confirmaba su armonia con la razon, como él mismo lo declara en muchas de sus cartas, tan conformes á la religion como á la sana filosofia. Esto es lo que lo autorizó para escribir á cierta persona, con motivo de sus obras, que de ningun modo temia que en el fondo se hallase alguna cosa que fuese contra la fé. „Por el contrario, añadía, jamás la fé ha estado tan sólidamente apoyada en las razones humanas, como puede estarlo si se siguen mis principios: pero sobre todo la transubstanciacion, que los Calvinistas juzgan imposible explicar por la filosofia ordinaria, y mui fácil por la mia.” (Tomo 1.º de sus Cartas, pág. 518).

En efecto se explicó allí para responder á una objecion de Arnaud, de un modo que dejó satisfechos á muchos católicos, que creyeron encontrar allí menos dificultad que en la de las escuelas. Pero se le ha oido decir muchas veces despues, que si los hombres estuviesen todavía un poco mas acostumbrados á su modo de filosofar de lo que estaban entonces, podia darles á conocer otro medio de explicar este misterio, que cerraria la boca á los enemigos de nuestra religion, y al cual no podrian contradecir. (*Relaciones manuscritas, y tomo 1.º de las Cartas, pág. 525.*)

PÁG. 100.

[6] Leibnitz. Vease la nota (4).

PÁG. 100.

[7] Los Newton. Este hombre de un genio superior y único tal vez, estuvo siempre tan perfectamente convencido de la verdad de la religion cristiana, como lleno de apego hacia ella. Tan penetrado estaba de ella, que la recuerda y le rinde homenaje casi en todas sus obras, y hasta en su *Óptica*. Su libro favorito era la Biblia, pero su es-

tudio principal fué el del Nuevo Testamento. Al fin de su Cronología se hallan reflexiones acerca del concierto y encañamiento de los hechos contenidos en el Evangelio.

PÁG. 100.

[8] Los Mallebranche. El P. Malebranche es quizás de todos nuestros escritores, quien mejor ha visto la religion en grande, y comprendido mejor aún por las vias filosóficas toda la dignidad del Verbo encarnado, relativamente á la gloria del Criador y al sistema completo de la creacion.

PÁG. 100.

[9] Los Bernouilli. D'Alembert ha hecho á este propósito esta confesion mui distinguida y mui honrosa para los dos: „Mr de Bernouilli, me era conocido solamente por sus obras; le debo casi totalmente los pocos adelantos que he hecho en la geometria, y el reconocimiento exige de mí el homenaje que voy á tributar á su memoria. . . Sin-ceramente adicto á la religion, la respetó toda su vida sin ruido y sin ostentacion. Entre sus papeles se han hallado pruebas escritas de su afecto á ella, y será menester aumentar con su nombre la lista de los grandes hombres que la han mirado como la obra de Dios; lista capaz de arredrar, aún antes del exámen, á los mejores espíritus; pero suficiente al ménos para imponer silencio á una chusma de conjurados, enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal ha defendido, que Newton creia, y que Descartes ha respetado.” (*Elogio de Bernouilli*).

PÁG. 100.

[10] Los Wolfio. Vease el compendio en tres volúmenes que ha dado Formey de la grande obra latina de Wolfio, del *Derecho natural y de gentes*; y á la cabeça de este compendio, la vida de este hombre ilustre, uno de nuestros mas grandes filósofos y de nuestros mas sábios matemáticos. Sus últimas palabras al morir fueron estas: *Jesus, mi redentor, fortificadme en estos momentos.*

PÁG. 100.

[11] Los Grocio. Casi nadie hay que no haya oido hablar de la excelente obra de Grocio, sobre la verdad de la religion cristiana. Este hombre, uno de los mas bellos es-

píritos y de los mas sábios, es principalmente admirable por este pequeño libro, en que se emplearon todos los géneros de erudicion, no por ostentacion y lujo, sino para servir de pruebas esenciales sobre los puntos mas interesantes de hecho.

Le Clerc, puso notas à esta obra; y este hábil crítico compuso tambien un tratado sobre la incredulidad, que merece ser leído.

PÁG. 100.

[12] *Bacon*. A quien todos los hombres literatos y sábios reconocen por el autor ó restaurador de la sana filosofía, se gloriaba de ser discípulo de la religion. (Vease el *cristianismo de Bacon*, 2.º volumen).

PÁG. 100.

[13] *Los Adisson*. El célebre Adisson compuso un *Tratado de la religion cristiana*, del que tenemos una traduccion francesa impresa en Lausane.

PÁG. 100.

[14] *Un Locke*. Locke tuvo como filósofo sus sistemas; como cristiano, tuvo desgraciadamente sus opiniones particulares: pero su libertad de pensar, su espíritu de tolerancia, aún sobre artículos fundamentales de la religion cristiana, no le impidieron reconocer primeramente, que los errores provenientes de la indocilidad, no son de aquellos que perdonará el justo Juez; y en segundo lugar, que cada uno está obligado á buscar de buena fé y con sinceridad lo que Jesucristo enseña, creerlo, practicarlo, y arrepentirse de sus pecados para justificarse por la fé de Jesucristo. En una palabra, creia en la necesidad de la revelacion, en la redencion, en las profecias, en la mision divina de Jesucristo, en su Resurreccion, en su postrera venida, en sus milagros y en sus obras. Parece tambien que admitia la satisfaccion por los méritos de Jesucristo; y se defendia inni fuertemente de ser Sociniano, como se le acusaba con cierto fundamento. (Vease su *Critianismo racional*).

PÁG. 100.

[15] *Un Pope*. Pope aunque inglés, y en el seno de su patria, siempre vivió en la profesion pública de la religion católica. El mismo dá una prueba mui auténtica de esto en su carta á Racine el hijo.

El caballero de Ramsay, con quien estaba intimamente ligado, da de él con este motivo el mas glorioso testimonio, el de mostrarse respecto de su creencia, superior á las tentaciones mas seductoras. Veanse las cartas que siguen del *Poema de la religion*. No ignoro apesar de esto, que se ha procurado presentar como equívocas las pruebas tan positivas que este ilustre poeta dió de su fé; pero yo prefiero creer á su palabra, y juzgarle juntamente católico y veraz, mas bien que creerle deista é impostor. Ademas de esto, sin duda no se atiende bastantemente á otro testimonio que dá de el Warburton, su compatriota y su amigo, cuando al publicar la nueva edicion de sus obras (*Advertencia*, páginas 10 y 11), no solamente prometió dar cuenta extensa de las obras de Pope en la *Historia de su vida*, sino tambien *defender su carácter moral con el delalle de sus virtudes, de su piedad filial. . . de su profundo respeto á la divinidad, y sobre todo de su adhesion sincera á la revelacion*. Qué autoridad, fuera de la de Pope mismo, debe tener aquí mas peso que la de un hombre que tantas veces le ayudaba con su ciencia y sus conocimientos, y que hasta en su muerte vivió con él en la union mas tierna y mas íntima? No se puede por tanto mirar los objetos de duda que el poeta inglés dió de su fé, sino á lo mas como una consecuencia de las contradicciones que nacen en la mayor parte de los hombres, de la oposicion que la naturaleza puso entre nuestro corazon y nuestro espíritu, entre nuestra razon y nuestros sentidos; y que como lo observa el Abate Yart (*Idea de la poesia inglesa*, tomo 3.º), se reconcentaba en Pope mucho mas que en cualquiera otro hombre.

PÁG. 100.

[16] *Un Hobbes acaso &c*. Veanse al fin de su obra latina de *Cive*, edicion de Amsterdam, año de 1690, los capítulos bajo el título *Religio*. Apesar de los principios erroneos que contienen, es preciso reconocer que Hobbes tributa en ellos un homenaje sincero á la religion cristiana, y que de mui buena fé prueba en ellos la divinidad de ella y la de Jesucristo. Este hombre tan peligroso por sus extravios, era en mi concepto un filósofo de grandes miras, pero que extraviado como casi todos los filósofos por el espíritu de sistema, creyó poder amoldar las verdades de la religion y de la moral, á la que desgraciadamente se habia formado

PÁG. 101.

[17] *Los Corneille*. Tenemos del gran Corneille una traduccion en verso de la *Imitacion de Jesucristo*, ménos

recomendable por la poesía, que por el espíritu de religion que la dictó.

PÁG. 101.

(18) *Los Despreaux*. „El respeto de Despreaux á la religion era puro y severo. Si no compuso contra los incrédulos doscientos epigramas, como un piadoso versificador de nuestros dias (*), por lo ménos no dejó escapar en sus versos ninguna ocasion de ridiculizarlos, especialmente á aquellos, que incapaces aún de una mala lógica, ponen en la incredulidad mas pretension que buena fé, y en algunos, decia, el error es todavía ménos una desgracia que una necesidad. Manifestó en la práctica de la religion un discernimiento tan ilustrado, como apego á la creencia de sus padres.” (*D'Alembert, Elogio de Despreaux*).

PÁG. 101.

(19) *Un J. B. Rousseau*. Vease en las obras de Rousseau la Epistola VII del 2.º libro, dirigida á Racine hijo, donde se lee la expresion de su arrepentimiento, su conversion á la religion, y donde se describen tan bien el extravio, la audacia y la flaqueza de nuestros pretendidos espíritus fuertes.

En este siglo entregado á la rebelion, la impiedad marcha á cara descubierta, nada le admira; y el crimen rebelde no tiene apoyo mas firme que ella. Esas legiones, esas ardientes armadas de espíritus sutiles, de pigmeos ingeniosos, que sobre montones de argumentos acumulados, levantados ridiculamente contra el cielo, cual soberbios Encélados, redoblando sus locas escaladas, diariamente van á llevar la guerra con impunidad hasta el seno de Dios, estos corren de todas partes á alistarse bajo sus banderas, bajo sus fieros estandartes, con ciega confianza; mui pronto vendrán, sin escrúpulo y sin pudor á exigirle cuenta de sus decretos; y aun desde ahora, arbitros de su ley, llevan en la mano los rayos de su razon, prontos para destruir la fé. ¿Y pensais en lo insensatos que sois? Vuestra razon, que siempre ha flotado solo en la turbacion y en la obscuridad, y que arrastrándose apenas por la tierra, quiere levantarse sobre el trueno y al menor escollo que aquí se le presenta, se atolondra, tropieza y cae á cada paso: y ¿quereis, enorgullecidos con esta chispa, armar pleito contra Dios por lo que ha revelado?

(*) *Destonches, de la Academia francesa, autor del Glorioso.* (Vease su elogio por *D'Alembert*).

PÁG. 101.

(20) *Un La Fontaine*. Así como nada es mas licencioso que la mayor parte de sus obras, así tambien nada hay mas edificante que la historia de su conversion. Se puede ver la descripcion de ella en la carta del Padre Poulet, del Oratorio, al abate d'Olivet, de la Academia francesa; se ve á la cabeza del primer volumen de las *Obras diversas de La Fontaine*, y en las *Memorias de literatura y de historia*, del P. Desmolets, tomo 1.º, parte 2.ª, pág. 285. Se leen con mucha edificacion sus disposiciones cristianas, en una carta que su amigo Maucroix le escribió pocos dias antes de su muerte, acaecida en 1609 algunos años despues de su conversion. A la hora de su fallecimiento y la de desnudarle, se le halló cubierto de un cilicio.

PÁG. 102.

(21) *Nos damos por sábios; llamamos á nuestro siglo el siglo de la filosofia &c.* Nunca se vió sin duda tanto ingenio, tantas producciones atractivas, ni mas moralidad. ¿Y qué hay mas sesudo que nuestros jóvenes señores? ¿Qué admirable uso hacen de sus riquezas! ¿Qué gusto en sus placeres! Qué eleccion en sus queridas! El honor de nuestras mugeres principalmente, no infunde sospecha. Tambien yo me abstengo de hablar de esto por respeto. Yo admiro á nuestros sábios. ¿Cuántas flores y recreos ha esparcido su filosofia en la vida! Gracias á sus trabajos, estamos libres del peso de los deberes y de las viejas preocupaciones. Todos nuestros corrillos abundan en agradables petulantes. Nuestros economistas discuten en sus cenas divinas. Nuestros abates son bien parecidos. Nuestros tinterillos son filósofos. Yo soy de vuestra opinion: ¡maravilloso es nuestro siglo! (*Palissot*).

PÁG. 102.

(22) *Aquellos gémos famosos del último siglo, aquellos hombres verdaderamente grandes, á quienes el orgullo filosófico se vió precisado á tributar homenaje* ¡Precisado á tributar homenaje! Ah! Comienza por dispensarse de ello cuanto puede. Desesperando de levantarse hasta su altura, se tomó el camino mas corto, el de abajarlos hasta ponerlos á nivel de ellos. Corneille es un declamador; Boileau no tiene ni *numen* ni *fecundidad*; La Fontaine no merece ser contado entre los que honraron el siglo de Luis XIV. Racine habla como *metafisico*, mas bien que como hombre sensible; sus tragedias no eran mas que *diálogos* bien escritos y bien rima-

dos; y fuera de tres ó cuatro odas y algunos epigramas, J. B. Rousseau *no hacía mas que versos*. Fenelón *escribió de un modo débil*; Bossuet, *hizo de su ingenio un uso miserable*, y su Historia universal *solo es una producción árida*. En siglos mas remotos, el mismo Ciceron *no era mas que un retórico*.

¡Siglo singular el nuestro! Todas las ideas se han trastrocado en él; las nociones mas generalmente recibidas son hoy contradichas; el verdadero gusto es desconocido, y su santuario indignamente profanado: bajo el despotismo férreo y absoluto de nuestros sábios literatos, todos los grandes talentos son deprimidos; digámoslo mejor, bajo su pretendido compás geométrico, el buen sentido es destrazado, y el sentimiento reducido á nada. Tal es la obra digna de la moderna filosofía. No pudieran pintarse mejor sus delirios que en estos versos de Pompignan.

„Si, pronto veremos á estos pequeños conquistadores, tiranos audaces del Patnaso frances, que proscriben las maravillas de sus famosos maestros, y cómo su orgullo quiebra el cetro de Corneille. Así se vió á los Romanos en sus dias relumbrosos, degradar la época dichosa del segundo de los Césares, sepultar á Horacio y desterrar á Lucilo, preferir la Farsalia á los lindos versos de Virgilio, ensalzar el espíritu erguido del maestro de Neron, y bostezar sin pudor leyendo á Ciceron. La lengua misma, ménos bella y ménos pura ya, se sonroja de franquearse á la sencilla naturaleza; aquella dichosa claridad, su mas sólido apoyo, que á su pesar admiraba el extranjero mismo, aquel orden luminoso, su número y cadencia, parece que abandonaron nuestra elocuencia y nuestra versificación. El estilo se ha vuelto seco, ménos vigoroso que tirante; y por querer decirlo todo, ya no es uno entendido. El público en adelante, fascinado por sus guías, solo quiere ser ofuscado con rápidos fulgores; amigo de lo extravagante, avido de novedad, y para colmo del error enemigo de lo verdadero bello.”

„Deberemos admirarnos de nuestros extravios en todo género? „Hoy, como lo dice muy bien Rousseau, ya no se es, „tudía ni se observa; se sueña, y se nos presenta con grandad por filosofía, el sueño de algunas malas noches.”

(23) „Hay muchos. . . que no mienten á su propio corazón? Entre nuestros autores mas modernos, pasamos aqui en silencio muchos nombres famosos, porque la apología de la religion no es una sátira, y porque en las notas que creimos deber añadir al texto, nos hemos propuesto guardar siempre aquella moderación que cuadra tan bien á la verdad, y que la misma religion prescribe. Pero entre los autores que ya no existen, se nos permitirá que citemos por lo ménos algunos ejemplos notables, elegidos entre otros mil que

son la prueba mas palmaria del poco crédito que se debe dar á la autoridad de aquellos hombres que manifiestan combatir toda revelacion. „Mas que y „mas que „mas que Montesquieu, (quién hubiera podido esperar tanta flaqueza de un hombre tan grande!), este ilustre autor de las *Cartas persianas*, y *del Espíritu de las leyes*, que al parecer dejó señales de su poca sumision á la fé, al mismo tiempo que las daba de la grandeza de su ingenio, este hombre nacido para dar el tono á su siglo, lo habia desgraciadamente recibido de él. Se ha sabido que él siempre fué cristiano de corazón, y estuvo penetrado profundamente de respeto hácia la religion; mas el gusto de lo nuevo y de lo singular, el deseo de pasar por un genio superior á las preocupaciones y máximas comunes, el priuro de agradar y contar entre sus admiradores y partidarios, á aquellos hombres que habiendo sacudido el yugo de toda dependencia, se arrogan un derecho supremo á la estimacion pública, y parece que distribuyen á su agrado la gloria y la inmortalidad, le habian obligado á emplear el mismo lenguaje que ellos: lenguaje cien veces desmentido hasta en sus escritos, por las confesiones que su propio corazón le arrancaba en favor de la religion. De todos estos objetos se hallarán los pormenores mas interesantes en una carta que el P. Routh hizo imprimir, que yo tengo en mis manos, y cuya exactitud y autenticidad puedo comprobar en todo tiempo; allí se reconocerá sin dificultad que Montesquieu, no solo cumplió todos sus deberes con decencia en el lecho de la muerte, sino que aun durante su vida, dió en muchas ocasiones pruebas de su fé, que confirman cuanta religion y arrepentimiento han dado á conocer sus confesiones y disposiciones últimas. *La revelacion*, decia en particular á Madama la duquesa d'Aiguillon antes de su muerte, *es el mas bello presente que Dios pudiera haber hecho á los hombres*. [*]

(*) „Vease el elogio de Montesquieu, por Mau-pertuis, impreso en Hambourg el año de 1755. Sepodria citar aqui la muerte del mismo Mau-pertuis, que ha sido asunto de las burlas de Voltaire, si no supieramos que fué precedida de muchos años de conversion. Durante esta época, aquel académico ilustre, se manifestó constantemente, aunque en circunstancias bastante criticas, muy superior á la baja manía de parecer espíritu fuerte, y á las bufonadas insulsas de los enemigos de la religion. El hizo públicos los motivos de su cambio. Uno de sus principios era, que la verdadera religion debia conducir al hombre á su mayor bien por los mayores medios posibles; y que solo la religion de Jesucristo tenia esta doble ventaja.

El segundo ejemplo es el de Baulanger, que ha pasado por el autor del *Cristianismo desmascarado*, y del *Despotismo Oriental*, &c. Cae enfermo, y apesar de los testimonios tan palpables de su odio à la religion y de su dedicacion à combatirla, permíte que vayan á buscarle al vicario de su parroquia, Mr. L. . . . actualmente canónigo de San Honorato. Conferencia con él repetidas veces, se instruye, se ilustra: confiesa que jamás ha tenido mas que dudas, nubes mas bien que una verdadera incredulidad, y que los elogios pomposos hechos á sus producciones manuscritas en sus sociedades filosóficas, le embriagaron y sedujeron mas que todo. Se confesó con las muestras del mas vivo arrepentimiento; al recibir los últimos sacramentos, hace una reparacion auténtica de los escándalos de su irreligion, y expresa del modo mas penetrante y persuasivo sus remordimientos, y el único pesar que al morir le queda de no poder reparar suficientemente todo el mal que pudo causar.

El Marques D'Argens, autor de la *Filosofia del buen sentido* y de otras muchas obras perniciosas, segun se dice, acabó sus dias con las mismas disposiciones. A lo ménos algunos años antes de su muerte habia dado esperanzas de conversion a su hermano, el presidente D'Equiles, dedicándose á una lectura frecuente de los libros santos, y particularmente del nue-

Voltaire ménos que nadie tenia derecho de burlarse de la muerte de Maupertuis, puesto que él con abjuraciones tan solemnes, dejaba por lo ménos esperanza de que le imitaria en los últimos años de su vida. ¿Y quién no sabe por lo demás, que nuestros mas feroces incrédulos, en el menor peligro, ven la religion cristiana con muy diferentes ojos que cuando estaban en salud!

Tr. . . . célebre médico, hablando un dia en casa de uno de nuestros mas respetables prelados, y en presencia de Príncipe de Wurtembrg, de este corifeo de la nueva filosofia, que tuvo el atrevimiento de ponerlo por testigo de la firmeza que tuvo en una enfermedad que le llevó à las puertas de la muerte, se expresó así: „Todo el testimonio que yo habria podido dar de él, es, que nunca habia yo visto „sino en este hombre, hasta donde puede llegar el último „exceso del miedo.“ Si al morir no nos ha consolado con su arrepentimiento, los que le vieron de cerca en sus últimos momentos, no ignoran cuan aterrorizados estaban sus partidarios mas celosos por sus agonias y su desesperacion. Y despues de todo, ¿qué frase aquella de San Agustin! Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.

vo testamento. Hubo tiempo en que le dijo: „Podrà llegar un dia en que yo piense como vos; ya estoy en punto de ni creer ni no creer.“ Poco tiempo despues aseguró por último que creia. Es bastante singular un rasgo suyo que el mismo presidente me refirió. Este magistrado, tan lleno de celo por la religion, habia pensado en otro tiempo como el Marqués D'Argens; tenia un tercer hermano, que estaba mui léjos de participar de la incredulidad de aquellos. Un dia, platicando ambos de las opiniones de este y ridiculizándolas, dijo el Marqués D'Argens al presidente: *Con todo, hermano mio, nos mofamos de su simplicidad, y apesar de ella, si yo tuviese un depósito que confiar, no habia de ser á tí, sino á él.*

No hablaremos aquí de La Mettrie, de aquel filósofo cínicico (*); del conde de Boulivilliers, muerto en brazos del P. de La Borde, del Oratorio, con los sentimientos de una sincera penitencia, y al que por otra parte malamente se atribuye la obra impia tan conocida bajo su nombre; de Maillet, el autor de Telliamed, muerto en Marsella en 1758, despues de haber abjurado sus sistemas; y de tantos otros que murieron tambien detestando sus errores. ¿Qué lista tan propia para aumentar la de los hombres mas sábios y mas fieles de que hablaba D'Alembert! (Vease atras la nota 9).

Esta clase de ejemplos de conversiones tardias, tan comunes en todo tiempo, hizo sin duda que Sainthibal, famoso espíritu fuerte dijese respecto de Bayle: „No nos hacen mucho honor cuando se ven en el lecho de la muerte, se deshonoran, se desmienten, mueren como todos los demás.“ Hay

(*) El P. Hayer, recoleto (en su Tratado de la espiritualidad y la inmortalidad del alma, discurso preliminar, pág. 15) dió este testimonio de él: „Murió con el mas vivo pesar de haber dado en las extravagancias del materialismo. Yo he sabido este acontecimiento del único que recojió en Berlin sus últimos suspiros.

„El P. Hayer, supo, y nosotros lo sabemos como él, dice el Abate Trublei, que La Mettrie al morir se arrepintió de sus extravios; nosotros lo habiamos muchas veces predicho, y nos hemos consolado al saberlo. Algunos filósofos por el contrario, sintieron mucho esto y se avergonzaron por ello: uno de ellos no pudo ménos que decir, que La Mettrie los habia deshonorado en su vida, y mucho mas en su muerte. Durante su vida habia confesado imprudentemente todas las consecuencias de sus principios; en su muerte abandonó cobardemente sus principios mismos.“ (Vease el trozo del Abate Trublei sobre La Mettrie, en el diario cristiano del mes de Mayo de 1758).

sin embargo que hacer aquí algunas excepciones entre nuestros incredulos, principalmente hoy. Los unos contenidos por la vergüenza de retractarse á vista de los mismos á quienes sedujeron, rehusan con obstinacion los socorros que una religion siempre misericordiosa y bienhechora, les ofrece todavía en estos últimos momentos, y prontos á comparecer ante el Dios de quien blasfemaron, se empuñan contra su propia conciencia: los otros, continuamente rodeados de los cómplices de sus desórdenes y de sus compañeros de incredulidad, no tienen la libertad que quisieran tener para dejar se acercar el ministro de paz, que conmovido de su suerte, viene á ofrecerles juntamente consuelos y luces: otros por último, despedazados interiormente por el espantoso recuerdo de todo el mal que han hecho, se entregan á todos los horrores de la rabia y de la desesperacion, y mueren como furiosos. Tal ha sido, como lo hemos dicho mas arriba, el fin deplorable de aquel hombre desgraciadamente célebre, de Voltaire, que tanto ha contribuido á depravar nuestras opiniones y nuestras costumbres. Por quanto á las disposiciones secretas de los impíos en su vida, se puede decir de ellos, al ménos de la mayor parte, lo que decia Bayle mismo hablando de su creencia. „No es una fé extinguida; solo es un fuego cubierto bajo la ceniza. Resienten su actividad luego que se consultan, y principalmente á vista de algun peligro. „Entonces se les ve temblar como á los demás hombres. La memoria de haber manifestado mas desprecio del que sentian á las cosas santas; y de haber procurado eximirse interiormente de este yugo, redobla su inquietud.” (*Diccionario Histórico y crítico, art. Desbarreaux*).

CARTA TRIGESIMA SEGUNDA.

LA CONDESA DE VALMONT AL MARQUEZ.

¡Se van! ¡Se llevan á Senneville! Me arrebatan lo que habia mas querido para mí despues de vos, despues de mi marido. Nos dejan á los dos en la admiracion, la sorpresa, las lágrimas, y en una mezcla inconcebible de gozo y de dolor, de contento y de pesar. ¡Qué familia la de Mr. de Veymur? ¡Y sobre todo, qué amigo como Mr. d'Orval! ¡Qué amigo, qué ángel tutelar nos ha dado el cielo! Despedaza nuestro corazon por el lado mas sensible, nos arranca el mayor de todos los sacrificios, y aun así nos obliga á bendecirle.

¡Qué acciones de gracias debemos, padre mio, á vos que habeis preparado estos acontecimientos! ¡Cuáles debemos al cielo, que ha sido el primero en proporcionarnos! ¡Y cuantas le debemos por todo el bien que nos ha hecho!

Sin embargo, Senneville está léjos de nosotros; vos la veréis casi al mismo tiempo que recibais la carta que os escribo. Mas yo no la veré por mucho tiempo. ¡Qué digo? acaso no la veré jamás. Al separarse de nosotros estaba como dividida en mil sentimientos diferentes. Su tierna amistad conmigo combatia con el gusto que experimentaba de ir á establecerse cerca de vos; de seguir á una familia respetable que ha de ser la suya; á un hombre como Mr. d'Orval, que por tantos títulos se hace su padre y su amigo; á un esposo, ó al ménos á un hombre amable que pronto lo será, y por quien su inclinacion se pondrá de acuerdo pronto con su deber. Ah! ¡Cómo se dirigian sus ojos llorosos alternativamente á Madama de Veymur y á mí! ¡Cuán estrechamente me apretaba entre sus brazos! ¡Cómo se confundian sus lágrimas ardientes con las mias! Por fin Mr. d'Orval nos separó; hizo que la ternura cediese á la razon y al deber.

¡Padre mio! ¡Qué fuerza y qué imperio tiene la virtud! ¡Y qué prodigios obra! La de Mr. d'Orval ha triunfado de mi jóven amiga, de mí, de mi marido, y mui pocos instantes han bastado para su triunfo. Dos palabras de vuestra parte nos habian anunciado su llegada [a]. El se presentó con madama y caballero de Veymur [b]. Nosotros solo eramos tres, el Conde, Senneville y yo. Despues de algunos momentos de una conversacion ya mui interesante, pues que se versaba sobre vos, Mr. d'Orval, como participando de la pena que yo manifestaba por vuestra desgracia, me hizo

[a] Esta carta no se halla aquí.

[b] El hermano de Mr. de Veymur, de quien se habló en las cartas undécima y décima séptima.